

# Susurros de otros Tiempos

DE LA SAGA  
SUSURROS DE OTROS MUNDOS



Susurros de otros tiempos / Sidro López Neira & Ricardo Secilla Gutiérrez &  
Tiempos (Spanish Edition) / Adolfo Segovia de Aisa & Antonio Zarzo Gómez &  
Edition) / Asunción Belarte

## **Susurros de otros Tiempos**

*Segunda obra conjunta Zona e Reader*

Primera edición: julio de 2015  
Segunda edición: enero de 2017

Diseño de portada: ©Asunción Belarte, ©Isidro López Neira, ©Ricardo Secilla Gutiérrez, ©Adolfo Segovia de Aisa, ©Antonio Zarzo Gómez.

Textos:

©Isidro López Neira.

©Ricardo Secilla Gutiérrez.

©Adolfo Segovia de Aisa.

©Antonio Zarzo Gómez.

©Asunción Belarte

ISBN: 978-84-944164-3-9

ASIN: B01MS9DWTO

Todos los derechos reservados

# Índice

## PRÓLOGO

## ELEUSIS

I.- La Iniciación

II.- Recapitulación

III. Purificación

IV.- La Revelación

V.- El Final de los Ritos Místicos y el Nacimiento de la Escuela

Epílogo

## EL DEVAKALIÓN

1. Despertar

2. El día anterior

3. El día del despertar

4. Roma, mayo de 1970

5. Febrero de 2014

6. Julio de 1970

7. Febrero de 2014

8. Julio de 1970

9. El tiempo se colapsa

10. El síndrome de Casandra

11. La reunión

12. La invitada

13. Indagaciones

14. Febrero de 1971

15. Febrero de 2014

16. La trampa

17. Despedida

## EOGHAN

Fisterra

Huida

La Tierra Verde

Gedat y los Escotos

[La Última Batalla](#)

[Regreso](#)

[Venganza](#)

## [HISTORIAS DE LA REVOLUCIÓN](#)

[Fran - Miedo](#)

[Thomas - Dinero](#)

[Anna - Dioses](#)

## [SHENLONG](#)

[Capítulo I: Shantung](#)

[Capítulo II: Dragón rojo](#)

[Capítulo III: Puño amarillo](#)

[Capítulo IV: Dragón rojo, puño amarillo](#)

[Capítulo V: Las cinco lecciones](#)

[Capítulo VI: El templo del Caballo Blanco](#)

[Capítulo VII: La furia de Shenlong](#)

[Capítulo VIII: El chi Shen y el sello Long](#)

[Capítulo IX: Monte Hua](#)

[Capítulo X: El claustro de la fuente de jade](#)

[Glosario de nombres propios](#)

[Glosario de Provincias y lugares en la China imperial del s. VII](#)

## PRÓLOGO

Esta es la segunda obra colectiva que genera el equipo de coordinación de concursos literarios de Zonaereader (<http://www.zonaereader.com>) el primer título publicado "[Susurros de otros mundos](#)" sigue su andadura por los mercados editoriales de internet en varios países. Esta segunda edición viene precedida por un importante trabajo de crítica literaria en los diversos concursos celebrados en [Zonaereader](#) y que han servido a los autores de los relatos de esta obra para madurar su estilo y mejorar la calidad de los textos. En esta ocasión sin haberse puesto de acuerdo previamente, los escritores han elegido la temática histórica aunque con un punto de vista un tanto diferente.

El formato de relatos cortos de la primera edición ha sido sustituido por textos de mayor extensión que se han considerado vehículos más apropiados para desplegar historias más complejas.

Se ha seguido el mismo sistema conjunto, en el que las obras han sido comentadas por cada uno de los miembros del equipo, antes de publicarlas. Seguimos siendo una especie de cooperativa literaria un colectivo que se une para compartir sus experiencias literarias y enriquecerse con el punto de vista de los demás.

Como en la anterior obra, encontrarás temas históricos distintos y estilos diversos como no podría ser de otra manera, al estar escrita por autores de procedencias dispares.

Esperamos que disfrutes con su lectura, nosotros ya lo hemos hecho escribiendo la obra.

Equipo de coordinación de concursos de Zonaereader

Susurros de otros / Sidro López Neira & Ricardo Secilla Gutiérrez &  
Tiempos (Spanish / Adolfo Segovia de Aisa & Antonio Zarzo Gómez &  
Edition) Asunción Belarte

Susurros de otros Isidro López Neira & Ricardo Secilla Gutiérrez &  
Tiempos (Spanish Adolfo Segovia de Aisa & Antonio Zarzo Gómez &  
Edition) Asunción Belarte

## **ELEUSIS**

*Isidro López Neira*

## I.- La Iniciación

Mientras apuro mi copa de kykeon camino hacia el atrio del templo. Las columnas sostienen el techo pétreo y sus pliegues esculpidos parecen gigantescas cortinas desde la perspectiva en que me encuentro. El recipiente se me escapa de las manos, cae al suelo rompiendo en mil sonidos metálicos que penetran mi cerebro estridentemente. Al acercarme a la balaustrada que hay entre las columnas, miro el paisaje en el que diviso una cadena de montañas a distintos niveles que con el atardecer van adquiriendo un color azul, variando la tonalidad según la distancia. He salido del telesterion para respirar un poco de aire puro, alejándome del humo de las antorchas y de los sahumeros encendidos en alabanza a los dioses.

Una suave brisa recorre los campos y lo deja todo impregnado de aroma a romero, tomillo y a esta hora un toque de hierbabuena. Estamos en primavera y la naturaleza estalla en mil formas de vida que buscan su perpetuación ofreciendo sus mejores aspectos, sus perfiles más bellos. Doy pasos vacilantes, pero el perfume que me embriaga como nunca antes lo había hecho, me lleva a apoyarme en la balaustrada mirando las montañas.

La línea del horizonte empieza a suavizarse y a moverse onduladamente, las cumbres se vuelven colinas y luego otra vez picos de piedra azul que se derrumban sobre sí mismos y se vuelven a convertir en cimas romas, como si fueran gigantescas olas que mueven toda Grecia.

A lo lejos me parece ver a Poseidón cabalgando en su carro, por encima de las olas de roca, provocando terremotos.

tos en los pueblos que han desatado su ira. Siento un fuerte mareo y decido encaminar mis pasos vacilantes hacia el telesterion, el gran salón del templo de Demeter, buscando la seguridad que me proporcionan otros hombres y mujeres.

La sala está iluminada por antorchas y lámparas de aceite. Cada estatua tiene su grupo de candiles proporcionando una luz zigzagueante que proyecta unas sombras danzarinas y grotescas sobre la pared del templo. Al fondo y a un lado están los músicos, y repartidos por todo el lugar los corifeos que entonan canciones de alabanza a los dioses rítmicamente.

Todo el salón, dividido en ocho amplias gradas que convergen hacia el centro, está lleno de enormes cojines y camastros sobre los que hay parejas haciendo el amor o personas en éxtasis viviendo sus propias visiones. Me dejo caer sobre el primer lecho que encuentro vacío, ya no puedo mantenerme de pie. Veo a Hymenea cerca de mí, otra peregrina del norte con la que he compartido parte del viaje y nuestras miradas se cruzan quedándose encadenadas, como presas de nuestro instinto. Sus ojos azules parecen dos lagos reflejando el cielo en los que sumergirse buscando misterios profundos. Sus cabellos dorados caen sobre sus hombros con rizos que parecen lágrimas de Zeus. Ella se levanta y se dirige hacia mí sin dejar de mirarme, se despoja de su velo y deja su torso al descubierto mostrando dos generosos senos turgentes. Se acuesta a mi lado y me besa con pasión bebiendo cada uno del otro una libación de sabores intensos y placenteros. Mientras me acaricia con sus manos por todo el cuerpo, después me quita la túnica dejándome desnudo por completo. Ella hace lo mismo y muestra su vagina rodeada de un vello púbico rubio que asemeja un bosque de pinos dorados. Yo estoy tumbado boca arriba contemplando la esplendidez de su cuerpo

desnudo y entonces se arrodilla lentamente sobre mi cabeza y sujetándola con una mano, la levanta levemente apretando mis labios sobre su vulva que me espera lúbricamente como una flor que abre sus pétalos al rocío del amanecer.

Empieza suavemente, de forma lenta, sin prisas, frotando su sexo contra mis labios que tratan de proporcionarle el mayor placer posible.

Mientras le acaricio su clítoris con mi lengua, ella inicia unos suaves movimientos ondulados con su pelvis, y me tira del cabello hacia arriba, sin permitir que cese el contacto ni un segundo.

Después noto como mi miembro es acariciado por otra peregrina, primero con las manos suavemente, después con más vigor y finalmente noto como empieza a estimularme con sus labios y finalmente con su lengua introduciéndose en su boca.

La percepción empieza a cambiar mientras veo cómo se acerca una vestal a nosotros acercando su cara a la de Hymenea susurrándole al oído palabras que no logro escuchar.

Hymenea aumenta la cadencia del ritmo de las caderas mientras empieza a respirar agitadamente y a gemir cada vez con más fuerza. Entonces la sacerdotisa, mientras sigue hablando al oído a mi compañera ceremonial, va haciendo gestos con la mano al coro para que eleven el tono de sus cánticos, que ahora retumban en todo el telesterion con ritmos repetitivos muy altos y acompasados, con los cuales se sincronizan perfectamente el sonido de los Aulos. Estos, con sus dos tubos, inundan toda la sala con música llena de armonía, mientras que las panderetas marcan el compás de fondo con una cadencia que va en aumento hasta explotar

en una apoteosis de los corifeos y de todos los instrumentos presentes en la sala del templo. Justo en ese momento, Hymenea lanza un profundo grito, y arqueando su cuerpo hacia atrás deja caer su cabeza al lado de la otra peregrina que se está empleando a fondo con mi pene.

Empiezo a sentir mi cuerpo como si fuera un trirreme de cristal que va surcando un mar de mercurio bajo un sol de oro dorado. Mi cabeza es el castillo de popa, mis pies el ariete de proa y en el centro se yergue el mástil contra un cielo de plata.

Se acerca la sacerdotisa y me pregunta al oído:

—¿Qué ves?

Le cuento a duras penas —porque la habilidad de la peregrina está provocando que me inunde una enorme sensación de satisfacción por todo el cuerpo que me aturde— lo que estoy viendo, cómo mi cuerpo se ha transformado en un navío surcando un mar de mercurio.

—Encomiéndate a Poseidón, él te está guiando. Es el que va a orientar tu tránsito.

Trato de invocar al dios de los mares y los terremotos, trato de imaginarme su rostro para implorarle consejo en mi iniciación, busco en mi memoria las estatuas que he visto en los templos representándole. En ese momento oigo la voz de la vestal que me dice de forma enérgica pero con amabilidad:

—No busques con la cabeza, déjate llevar, no pienses, solamente siente tu cuerpo y las sensaciones que tienes, permite que Poseidón se manifieste por sí mismo.

Así lo hago. Me abandono a mis sensaciones que en ese momento cubren todo mi cuerpo y empiezan a concentrar-

se en mi sexo, mientras mi pareja de ceremonia, que también lo ha notado, ha aumentado el ritmo de sus caricias, buscando con avidez el final esperado.

Observo como la vestal hace señas a los corifeos y a los músicos para que suban el tono de sus cánticos y de su música, lo que contribuye a que mi mente se pierda en un universo distinto al que he conocido, en el que ya no controlo nada, y todo sucede a pesar mío, y empiezo a sentir temor por esto, empiezan a surgir emociones y recuerdos negativos en mi mente.

En ese momento veo como del mar de mercurio en el que voy navegando emerge la gigantesca cabeza de Poseidón. Su color es verde como el bronce envejecido, pero su semblante es amable, expresando la bondad de un dios que ama a los hombres. Con su brazo derecho sostiene un tridente con el que gobierna las aguas y las tierras subterráneas y su rostro hierático me infunde una sensación de calma y serenidad profundas como nunca había experimentado.

A continuación se suma el olor dulce del sahumero, los cánticos de los coros y la visión mayestática de Poseidón, y mi mente estalla en docenas de esferas que se quedan flotando por el Telesterion de forma grácil, como bolas de cristal muy fino medidas por una suave brisa marina.

Me encuentro en el centro de la sala flotando sobre el suelo del templo, observando cada esfera que contiene un recuerdo de mi vida y cojo una de ellas. Allí estamos en mi primera infancia cuando nos bañábamos en el río Cefiso Nerea y yo, y me salvó de perecer ahogado al impedir que me arrastrara la corriente.

Al tomar la esfera entre mis manos y recordarla, ésta parece como estallar lentamente y convertirse en un polvo de

oro muy fino y brillante que se difumina por la sala.

Continúo con otras esferas que se van transformando en mis manos en esa especie de neblina brillante desapareciendo luego. Con las que contienen malos recuerdos encuentro dificultades para disolverlas, pero finalmente el polvo de las que evocan recuerdos positivos las rodea y termina por transformarlas. En la medida que sucede esto, mi cuerpo parece volverse más etéreo, más ligero, y mi mente más libre.

Finalmente, queda una esfera flotando entre el humo de los sahumeros y el polvo brillante de las otras bolas que he hecho explotar.

Me acerco a ella con respeto, sé que ha permanecido fuera de mi alcance mientras disolvía las demás por algo que está en el fondo de mi alma ahí oculto, atenazándome el corazón.

Cuando me acerco al globo cristalino observo el momento en que Nerea sale de la casa en que vivíamos para no volver jamás, y como quedo trastornado, sentado sobre la silla, sujetándome la cabeza con las manos y apoyando los codos sobre la mesa en la que habíamos hablado antes de que me abandonara.

Empiezan a surgir escenas de las discusiones con ella, de sus reproches antes de que me uniera a la legión romana de Estilicon para tratar de defender a Atenas de las huestes de Alarico, de mi vuelta al hogar destrozado por el cansancio de la batalla, y como ella aprovechó esta debilidad para abandonarme por un noble romano recién llegado de la metrópoli.

En esta ocasión la esfera no se disuelve ni se vuelve más transparente, al contrario, comienza a crecer haciéndose más grande y pesada, a la vez que las imágenes que obser-

vo en ella se tornan más oscuras, más opacas, hasta que el globo de cristal se convierte en una gran bola gris, como de granito, que rodando hacia mí termina por aplastarme contra el suelo, oprimiendo mi tronco sin dejarme respirar.

En ese momento abro los ojos. Me encuentro desnudo, tumbado en un diván del Telesterion. Sobre mi vientre reposa la cabeza de una peregrina que no conozco. A mi lado en el suelo, Hymenea igualmente desnuda y con sus pies cercanos a donde reposa mi cabeza.

Tengo una presión en el pecho que me impide respirar con normalidad. Seguramente he cogido algo de frío por la noche al dormir destapado, aunque esta sensación ya la conozco de antes, cuando rompí mi relación con Nerea y sentía esta especie de placa de metal en el torso que me acompañaba a todas horas.

Los primeros rayos del sol penetraban por la puerta del templo, bañando toda la estancia con un débil color rosado. Apolo nos bendecía reconfortándonos por el esfuerzo de la primera noche de iniciación.

El hierofante, vestido con su túnica púrpura, cerró la ceremonia pidiendo a los iniciados que purificaran su cuerpo en el estanque sagrado del templo, y que se meditara sobre la experiencia que habíamos vivido en la que los dioses se nos habían revelado por primera vez en su verdadera naturaleza. A continuación le pidió al Dódoco portador de la antorcha que apagara el fuego sagrado y salió del telesterion seguido de los sacerdotes, sacerdotisas y músicos.

Hymenea y yo nos miramos por un momento. Ella esquivó la mirada, aunque no estoy seguro de si fue por pudor o por otros motivos —tal vez para impedir que me hiciera falsas esperanzas—. Recogió su túnica y, tapándose con ella, se dirigió hacia la salida que conducía al estanque que nos